

EN EL KILÓMETRO 100

Un restaurante de carretera, erosionado por un incesante fluir de gentes. En su interior se respira la misma provisionalidad que en un hospital o un aeropuerto. Las paredes, pintadas de un azul pálido, guardan los ribetes de fotografías desaparecidas. Al paso de un camión las mesas vibran unas décimas de segundo; a continuación se restablece la calma de los ventiladores.

Es viernes y el lunes será festivo. Además de los viajeros habituales, se han detenido en el restaurante algunos clientes que viajan por placer, para huir de algo o buscar un pedazo de felicidad lejos de la rutina cotidiana.

El único camarero, con gafas de carey y el pelo engominado, muy peinado hacia atrás, evoca a Carlos Gardel. Se acerca a una mesa en la que conversan dos hombres en la cincuentena, que encaran un cielo frío, sin rastro de nubes.

- ¿Qué tomarán los señores?
- Todavía no lo hemos decidido.

Los dos hombres charlan amigablemente. Se conocen desde hace unos minutos, pero ha surgido entre ellos la complicidad propia de dos hombres de mundo, afines en su falta de prejuicios.

- No vaya al servicio –dice uno de los hombres, al tiempo que se seca las manos con su servilleta-. Se le quitarían las ganas de comer.

- A veces es peor ver la cocina –dice el otro, con un marcado acento argentino.

- En la cocina suele ser peor lo que no se ve.
- Lo mejor es hacer como el personaje de una opereta que vi en el Teatro Colón, hace ya muchos años: «Divirtámonos esta noche, para arrepentirnos mañana».

- No creo que se refiriera a diversiones culinarias –ríe el otro.

Una pareja entra en el restaurante. Ella aparenta diez años más que él, aunque sin el maquillaje podrían ser más. Cuando se sientan, un silencio incómodo se forma entre ellos.

- No tengo hambre –dice él, abriendo la carta con desidia.

- Esta mañana has desayunado poco –se preocupa ella-. ¿Te encuentras bien?

- Mejor que tú.

- No te pongas así. Sólo preguntaba...

Ella tiene cuarenta y cinco años. Vive de la pensión que le proporciona su ex marido, un mes sí y otro no. En el fondo, se siente culpable por tener una relación con un hombre que podría ser su hijo.

Dos jóvenes de veinticinco años, vestidos de chándal, entran por la puerta. Hablan en voz alta y ríen de forma estentórea. Se sientan junto a la ventana, al lado de la mesa hispano-argentina, aunque posteriormente cambian de mesa para evitar el reflejo del sol. Piden la carta ruidosamente, sin esperar a que el camarero se acerque. Este los mira con gesto de reproche y camina hacia ellos con una lentitud intencionada. Les da la carta y, con un defecto de pronunciación, les recomienda el *frrrrricandó* con niscalos. Los jóvenes aceptan y piden vino de la casa.

- ¿Te conté lo que me pasó la semana pasada? –pregunta uno de ellos.

- ¿Le pusiste los cuernos a María?

- Ya sabes que mi tío tiene una casa en Andorra que no utiliza nunca. Total, llamo a mi primo y me dice que no van a Andorra. Le cojo el coche prestado a mi padre, sin que él lo sepa. A todo esto, mis padres se habían ido

a pasar el fin de semana fuera y no volvían hasta el domingo.
¿Te acuerdas de Esther, la de farmacia?

- ¿Cómo no me voy a acordar? Está más rica que el pan.

- Pues se me ocurre llamarla, y la tía dice que sí, que se viene a esquiar conmigo.

- Esquiar, sí –ríe su amigo.

- La mayor parte del tiempo... Total, que nos cogemos el coche, nos vamos a Andorra y esquiamos muy calentitos hasta la tarde del domingo. Hasta ahí, todo fenomenal.

- ¿Cuándo llegaban tus padres?

- A las diez de la noche. Tenía pensado dejar a Esther, esquís y bolsas en Barcelona, y apuntarme un tanto recogéndolos en el aeropuerto.

- Un poco justo, ¿no?

- No creas. El camino se hace en dos horas y media, sin problemas. El coche de mi padre anda muy bien.

- ¿Y qué pasó?

- Pues que, volviendo a Barcelona, me confundí de carretera, y en vez de meterme por el tunel del Cadí, cogí la carretera nacional por la Collada de Tosas.

- ¿El puerto estaba abierto?

- Abajo sí, pero cuando me quise dar cuenta llevaba ya varios kilómetros de subida, y si daba la vuelta iba a llegar tarde a Barcelona... Subíamos el puerto. A todo esto, noche cerrada. Imagínate la escena. En las curvas empezaba a verse hielo. La verdad es que me acojoné un poco: iba con ruedas de verano y con el tiempo justo... ¿Tú sabías que el puerto de La Molina tiene mil ochocientos metros?

- Pues no.

- Yo, ni idea. Le habría echado unos mil... Bueno, subíamos y subíamos, y el puerto que no llegaba nunca. En cada curva esperaba alcanzar la cima, pero la muy

cabrona no llegaba. Total, que empieza a nevar. Me paro a poner cadenas. Abro el maletero, pero no estaban dentro. Las había sacado en Barcelona, para probarlas, y me las olvidé en el garaje.

- ¿Y qué hiciste?

- ¿Qué coño iba a hacer? No le dije nada a Esther, pero estaba acojonado. No bajaba ni un coche del puerto, así que pensé que estaba cerrado. Seguimos subiendo, con una nevada de la hostia. Y la cima que no llega. Continúo hacia arriba y el coche me hace un trompo: primero se va a la derecha; doy un volantazo hacia la izquierda, pierdo el control y me voy contra la pared de la montaña.

- ¿Os la pegasteis?

- La nieve hizo de colchón y el golpe casi no lo notamos. Aún así, el coche estaba empotrado en la pared y no había forma de sacarlo.

- ¿Y Esther?

- Histérica. Por suerte le dio sólo por llorar. No soporto a las tías que gritan... La situación no era divertida, no creas. Al otro lado había un pequeño muro y una caída de cien metros. No quiero pensar lo que hubiese pasado si el trompo nos lleva hacia el otro lado.

- Pues el infinito.

- Lo que más me preocupaba en ese momento era cómo coño explicarle a mi padre la abolladura del coche.

En la mesa hispano-argentina, los dos hombres han terminado una botella de Raimat y piden otra.

- Diga lo que diga –afirma el argentino– un buen vino tinto puede acompañar cualquier comida. Una vez tuve que discutir con un *sommelier* en un restaurante de la Ile Sant-Louis, porque no me quería servir un Bordeaux tinto con un pescado.

- Debí escandalizarse. ¿No se decide a probar los caracoles?

- A mi edad ya no lo pruebo todo.
- ¿Cuánto tiempo vivió en París?
- Desde 1967 a 1973. Allí nacieron mis dos hijos. Vivíamos en el Boulevard Raspail, una zona de París con encanto señorial y sabor de barrio, como en Buenos Aires.
- Entonces vivió allí el mayo francés.
- Y tanto que lo viví. Estaba preparando mi tesis en la Sorbonne, becado por el Instituto de Cooperación Latinoamericano. Como la beca no me llegaba para vivir, trabajaba por las tardes en la Salpêtrière, el hospital donde Freud conoció a Charcot... En las bibliotecas no se podía estudiar: eran un hervidero, con gente conspirando en todos los rincones. La atmósfera debía de ser parecida a la de 1789: visionarios, políticos, advenedizos, curiosos. La revolución de 1968 atrajo a muchos curiosos.
- Quizás por eso fracasó.
- Y por muchas otras cosas. Ningún movimiento revolucionario tuvo que oponerse a un engranaje tan diversificado de poder.
- Sin embargo, De Gaulle acabo dimitiendo.
Uno de los jóvenes esquiadores pide, a gritos, otra jarra de vino de la casa.
- De Gaulle cayó porque la posguerra era una época pasada, porque su ciclo estaba agotado –el argentino señala a los esquiadores en la mesa contigua-. Igual que nosotros frente a esos jóvenes.
- No me acuerdo donde estaba yo en mayo del 68. En Acapulco, creo.
- ¿Bronceándose?
- Trabajaba como contable en la empresa de un pariente. Hoy en día, cualquier niño en España ha viajado al extranjero, pero para mí fue la primera vez que crucé la frontera. Durante el franquismo, esa palabra tenía otro

significado: una frontera era un obstáculo infranqueable, una barrera a las ideas que venían de Europa.

- ¿Y qué le pareció Mexico?

- Se vivía mejor que en España, aunque muchas cosas funcionaban a través de sobornos.

- Los cubanos son todavía peores. Todos los que he conocido han tratado de engañarme, sin excepción... Recuerdo lo que le sucedió a un amigo mío, al tratar con el cónsul cubano de Los Angeles. Mi amigo insistía en que la caña de azúcar tenía propiedades hidratantes para la piel, y se puso de acuerdo con el cónsul para importarla.

- ¿Qué quería hacer con ella?

- Permitir que las mujeres se bañasen en agua azucarada. Para ello pretendía utilizar los grandes excedentes de caña cubanos.

- Una idea algo excéntrica.

- No lo crea. A lo largo de la historia las mujeres se han bañado en vino, en leche, en cerveza o en champán. El agua azucarada es más económica. Y posiblemente más sana.

- ¿Qué sucedió con el cónsul cubano?

- Mi amigo le pagó diez mil dólares, como anticipo por el envío de varias toneladas de caña, pero el cargamento no llegó nunca.

El camarero deja los platos en la mesa de los jóvenes esquiadores. Se retira como si abandonara un escenario, caminando de espaldas.

- No sabía lo tuyo con Esther. El otro día la vi en un concierto, con un melenucho. Ni siquiera me saludó.

- Después del fin de semana en Andorra, a mí tampoco me saluda.

- Cuéntame el final. Estabas en la montaña, con el coche empotrado en la pared...

- Ah, sí. Pues intento sacarlo marcha atrás, pero el coche patina y no se mueve. La tonta de Esther seguía llorando. No pasa ni un alma por la carretera. Pongo luces, triángulo de peligro y apago la radio para no quedarme sin batería. Pasan los minutos. A pesar del plumas, me estaba pelando de frío en la carretera, esperando a ver si llegaba algún coche. Eran las ocho pasadas y mis padres llegaban a las diez. Estaba imaginándome el marrón que me esperaba.

- ¿Y la radio no decía si el puerto estaba cerrado?

- La radio estaba muerta en la tormenta de nieve. Lo único que podía oír eran cintas, y estaba harto de la de Cat Stevens de mi padre. Además, no quería quedarme sin batería.

- Oye, este fricandó está cojonudo.

- Pues pasan los minutos y no llega nadie. Al final veo las luces de un coche. Hago señas para que pare. Son dos tíos, completamente perdidos. Vienen de Francia y se han metido por la carretera equivocada. Me entiendo más o menos en inglés. Les pido ayuda para sacar el coche de la cuneta. Esther se calma un poco y se sienta al volante. Nosotros tres empujamos. El coche patina, pero al final conseguimos sacarlo. Tiene una abolladura gorda en el lado del conductor, delante de la rueda. El resto, perfecto. El problema ahora es llegar hasta arriba sin cadenas... Pásame la sal.

- Venga, sigue contando.

- Los franceses me enseñan una guía de carreteras. En lo alto del puerto hay una gasolinera, donde tienen que vender cadenas. Le pido a los franceses que vayan delante, abriendo surco. Tardamos casi una hora en llegar arriba.

- Menos mal que te encontraste a los franceses.

- Espera, que hay más. La gasolinera estaba a punto de cerrar. El tío de la gasolinera se da cuenta de la

situación y me dice que no tiene cadenas, que se le han acabado. Lo que quería el cabrón era vendérmelas más caras. Me dice que sólo le quedan las de su coche: las necesita, pero puede vendérmelas por trescientos euros.

- Qué hijo de puta.

- ¿Qué le iba a hacer? Entre Esther y yo reunimos la pasta. Con las cadenas conseguimos bajar el puerto.

- ¿A qué hora llegasteis a Barcelona?

- A las tres de la mañana.

- ¿Y tus padres?

- Al bajar el puerto llamé a casa. Era la una y media. Imagínate la escena: mi madre, preocupada; mi padre, con un cabreo que todavía no se le ha pasado. Y desde entonces Esther no me habla, como si hubiese tenido yo la culpa de la nevada.

- Las tías son gilipollas. Y después se va con el melenudo ese.

- Por las mujeres. No se puede vivir ni sin ellas, ni con ellas.

Levantán los vasos, llenos del tinto de la casa, y brindan por el fin de semana que les espera.

La tercera pareja come en silencio, mirando de tanto en tanto por la ventana. Ella lo mira furtivamente. Piensa en su apartamento vacío, en la soledad que la arrastra hacia él.

- El domingo tengo que estar de vuelta en Barcelona –dice el joven.

- Pero si he reservado el hotel hasta el lunes. ¿No habíamos quedado en que...?

- Los padres de Silvia me han invitado a comer el domingo, y he prometido que iría.

Ella mira a su alrededor. Los jóvenes esquiadores charlan en voz alta, sin preocuparse de que alguien los escuche. Uno de ellos habla con la boca llena.

- «Mi madre puede entrar en cualquier momento», grita la tía. Y mientras dice eso, empieza a bajarme los pantalones.

- Hace un par de semanas estuve en una fiesta en un colegio mayor.

- ¿Con Miriam?

- Ella estaba en Ibiza, con sus padres. No tenía intención de hacer nada, te lo juro. Pero ya sabes lo que pasa: te tomas un par de copas, empiezas a animarte... te tomas otra copa después... Total, que me desperté por la mañana en una habitación del colegio mayor, con una tía desnuda a mi lado. ¡Lo peor de todo es que no me acordaba de nada!... De esto ni una palabra a Miriam, ¿eh?

- No sé por qué sigues con ella. Es una de las tías más sosas que conozco. Tienes a mi prima que está loca por ti. ¿Qué tiene Miriam?

- Resulta difícil de explicar. Es como una amante, una amiga y una madre... todo a la vez.

- Pues tú verás, tío. Yo con una madre ya tengo suficiente. Lo único que me interesa es el sexo.

Celoso por las miradas de su amante a los esquiadores, el joven de la mesa contigua coge las manos de ésta; juega con sus dedos.

- Lo siento –se disculpa-. He estado algo desagradable. Son los exámenes, que me tienen preocupado.

Ella le acaricia el pelo ensortijado. Sabe que no está realmente arrepentido, pero no dice nada. Es fácil adivinar lo que él piensa.

El camarero abre la puerta de la cocina y lleva los postres a la mesa hispano-argentina. Camina entre las mesas con requiebros de bandoneón.

- Mi recuerdo más claro de Barcelona –dice el argentino- es del mercado de *Els Encants* en 1975. Las radios daban la noticia de la muerte de Franco.

- No era una buena época para venir a España.

- Yo vivía por aquel entonces en Suiza. Fui a Barcelona a recoger a un pariente que venía de Argentina. Había salido con prisas y sin dinero. Lo perseguían allí. No tenía ni para pagarse el billete a Ginebra... Llegué a Barcelona por la mañana, y mi pariente no lo hacía hasta la tarde.

- ¿Y se fue a visitar un rastro en vez de ir al barrio gótico?

- Siempre me han gustado los mercados. Gide decía que lo primero que hacía al llegar a una ciudad, para hacerse una idea de ella, era visitar el mercado, el cementerio y el juzgado. Las dos últimas alternativas no me apetecían mucho, así que me fui al mercado, que me recordó mucho el *marché aux puces* de París... Un vendedor intentó endilgarme un cuadro, que aseguraba había estado expuesto en una galería hasta la tarde anterior. Me siguió por todo el mercado con él.

El camarero les trae los cafés, que han pedido muy cargados. Ambos tienen que conducir. El argentino hacia Foix, en donde asistirá a un congreso de cardiología. El otro hacia la Cerdaña, para reunirse con su familia.

Al paso de un camión las mesas vibran, recordándole a sus huéspedes que seguirán allí cuando ellos se hayan marchado.

El camarero regresa de la cocina, danzando entre las sillas. Deja la cuenta en las tres últimas mesas, con el gesto de un tigre metamorfoseado en mariposa.

El azul del cielo tiñe las paredes, los manteles, el suelo de plástico descolorido. Las tres parejas pagan y salen del restaurante. Los jóvenes esquiadores caminan con desenvoltura; los amantes se abrazan con una

caricia ostentosa; los nuevos amigos intercambian sus señas y prometen verse en el futuro.

Suben todos a sus coches y se pierden por la carretera, en dirección al lugar en el que un desprendimiento de tierra pondrá fin a sus vidas.

En el kilómetro 100.